

Si es que no se le conoce  
Y de familia carece.

*El Portero.* ¡Ay señor! un noble tío  
Tiene no más.

*El Juez.* ¡Dios clemente,  
Qué horrible luz en mi alma  
Habeis hecho que penetre!  
Ese muerto...

*El Portero.* Es Don German.

*El Juez.* ¡Mi sobrino!

*El Portero.* ¡Contenedle,  
Dios santo!

*El Juez.* ¿Dónde está? ¿dónde?  
¡Dios piadoso, sostenedme

Y así Don Miguel de Osorio  
Salió descompuestamente  
Por sus cámaras gritando  
Y sin poder contenerse.  
Ya estaba todo el zaguan  
Y la escalera de gente  
Llenos, en torno del muerto  
Que en hombros varios sostienen.  
Llegaron al mismo tiempo  
Los doctores: é impaciente  
El triste juez por saber  
Pormenores que apetece,  
Entre ira y duelo á pedirles  
Empezó públicamente.  
Testificó el escribano;  
Declararon los corchetes;  
Reconocieron los sabios  
El cuerpo pausadamente:  
Llamóse un maestro de armas  
A que declare si puede  
Con cuál fué hecha la herida,  
Y todos atentamente  
Cumpliendo con su conciencia  
Testigos é inteligentes  
Después de bien meditado  
Caso tal están contestes  
En que el mozo ha sido muerto  
Con espada alevemente.  
En el izquierdo costado  
Una sola herida tiene  
Que no pudo recibir  
En aquel sitio batiéndose,  
Pues que tenía su espada  
Empuñada fuertemente.  
Luego á traición le mataron  
Por la izquierda acometiéndole,  
Mientras con otro reñía  
Que le atacaba de frente.  
Quién le mató y por qué causa  
Es un misterio que envuelven  
Las sombras de aquella noche,  
Y que descubrir no pueden  
Suposiciones ni indicios,

Sin que la opinión se arriesgue  
De quien suponga ó indique  
Lo que en las tinieblas duerme.  
Pero Don Miguel de Osorio,  
Cuyo pesar no entorpece  
Su perspicacia de juez,  
Ni su experiencia le tuerce  
Jamás el juicio, en su alma  
Una sospecha hervir siente,  
Que mas incremento toma  
Cuanto mas él la revuelve.  
Al fin enjugó las lágrimas  
De sus ojos, convenientes  
Ordenes dió á sus criados  
Para que el cuerpo se entierre  
De Don German, y suntuosos  
Funerales se celebren;  
Y encerrándose en su cuarto  
De sus rondas con el jefe,  
Hombre de mucha destreza  
En rastrear los delincuentes,  
Misteriosas instrucciones  
Le dió, y pronto despidiéndole,  
Sus cotidianas tareas  
Emprendió tranquilamente.  
Bien revelaba el semblante  
Lo que el corazón padece,  
Mas él ahogó sus pesares  
Al cumplir con sus deberes.

A las nueve de la noche  
De esta jornada fatal,  
De Aurora en el aposento,  
Con ella estaba Don Juan.  
Ella en un sillón de brazos,  
El á su pié en un sitio,  
Ella como nunca hermosa  
Y él como nunca galán,  
Trabada amorosa tienen  
Conversación, de la cual  
Conviene oír lo que resta  
Desde el punto en donde están.

*Aurora.* Mas, Don Juan, de esa manera  
Mis asuntos irán mal.

*D. Juan.* Ya dejaremos aquí  
Quien de ellos pueda cuidar.  
Yo soy rico, y yo te adoro:  
Ahijado del rey, me da  
Honras que yo no ambiciono,  
Pues que puedo conservar  
Con mis rentas y mi brazo  
Mi honor y mi libertad.  
Un hombre, pues, como yo  
Bien en la corte no está:  
Si su favor aprovecha  
Porque se le han de envidiar,  
Y á quien algo le codician

Siempre vive con afán.  
Si desperdicia el favor  
Que puede fácil lograr,  
Porque con quien se le ofrece  
Por fin le malquistarán.  
Por todas estas razones,  
Y otras muchas además  
Que yo me sé, determino,  
Querida Aurora, viajar.  
Soy de mi familia el único,  
Gracias á Dios; un leal  
Y viejo criado hace  
Mis haciendas prosperar,  
Y quiero que alguien me ayude  
A gastar su renta anual.  
Ni tengo amigos, ni quiero  
A vagos alimentares:  
Mas no me siento hácia el oro  
Aún con desprecio tal  
Que le renuncie y sea monge,  
O que se lo quiera dar  
A los pobres, que son gente  
Que no lo agradecerá,  
Pues pienso ejercer primero  
Sobre mí mi caridad.  
Ahora, bajo este supuesto  
Te digo que abandonar  
Quiero unos años la corte  
Y aun nuestra España quizá.  
Viajar solo es diversion  
Que poquísimo solaz  
Proporciona, y es muy duro  
No tener con quien hablar.  
Tú eres sola en este mundo.

*Aurora.* Mi tía.

*D. Juan.* Es un carcamal

Que necesita reposo,  
Y á Ronda se volverá  
Con renta que yo la dé  
Para ir al sepulcro en paz.  
Con que he pensado llevarte  
Conmigo, Aurora, en lo cual,  
Según lo que se me alcanza,  
Nada al cabo perderás.  
Irás hasta donde quieras,  
Y dó te canses quedar  
Te puedes, y desde allí  
A España te tornarás;  
Puesto que es justo que pague  
Ida y vuelta mi caudal.

*Aurora.* Mas ¿porqué con tanta prisa  
El partir determinais?  
¿Qué mal estamos aquí?

*D. Juan.* Ello ha de ser: tú verás,  
Pues, lo que mas te conviene,  
Porque yo no puedo ya  
El fastidio de la corte  
Por mas tiempo soportar.

Si yo no vivo á mi antojo  
Sin que rey ni autoridad  
A darme venga consejos  
Que yo al fin no he de tomar;  
Si no dejo este prestado  
Carácter de gravedad,  
Si no riño, y ronde, y juego  
Cual fuere mi voluntad,  
Con las rentas que me sobran  
Y todo el favor real,  
De fastidio y de inacción  
Creo que me he de secar.  
Y he aquí que te he hablado  
Con franqueza y con verdad  
Mi intención, y en ella estoy  
Tan resuelto, y tan tenaz  
Voy á mantenerme en ella,  
Que de tu amor á pesar  
Si seguirme no te place  
Por despedido me da.

*Aurora.* Pero, Don Juan...

*D. Juan.* Con el alba  
Parto.

*Aurora.* Tal tenacidad  
Da á entender que para ello  
Razones grandes habrá.

*D. Juan.* ¡Sí por Dios! la alegre vida  
Que llevo, mi mocedad  
Aprovechando, los lances  
A que mil veces lugar  
Di con juveniles impetus  
Que no modero jamás,  
Sé que han sido consultados  
Con el santo Tribunal,  
Que un día ú otro es preciso  
Que me venga á amonestar,  
Lo cual por mas que sea en balde  
Sé que me molestará.

Y aquí iba ya de su plática  
El libertino Don Juan,  
Cuando dos albadonadas  
La vinieron á turbar  
Que asentaron en la puerta  
De la casa en donde están.  
Abrió el mozo la ventana  
Diciendo airado: « ¿Quién va?  
— La justicia, respondieron.  
— Venga la justicia en paz,  
Repuso Don Juan: mas ahora  
¿Qué negocio aquí la trae?  
— Una prision que esta noche  
Tiene en vos que ejecutar.  
— ¿En mí?

— En vos, y las personas  
En cuya compañía estais.  
Abrid, pues, á la justicia  
O á las resultas mirad. \*

Quitóse de la ventana  
 Don Juan, y vuelta la faz  
 A Aurora que sin aliento  
 Yacía sobre el sofá  
 Dijo : « En vano es resistir :  
 Si os teneis de qué acusar  
 Mirad si hay parte que paso  
 Franquee á la vecindad,  
 Mientras que yo los detengo  
 Mal que pese á Satanás. »  
 Mas viendo que en vez las dos  
 De asir con celeridad  
 De uno ú de otro partido  
 Se soltaron á llorar,  
 Dijo : « A mí no me conviene  
 Contra el santo Tribunal  
 Hacer armas, porque nada  
 Pueden contra mí probar. »  
 Y en la escalera llamando  
 Al page que con él va,  
 Mandóle á los que venían  
 Francas las puertas dejar.  
 Entró el jefe de las rondas  
 Del juez Osorio, y el tal,  
 Al mancebo saludando  
 Con cortés urbanidad,  
 Dijole : « Siento teneros,  
 Siendo quien sois, que tratar  
 Así, mas daos, señor,  
 Preso por su majestad. »  
 Don Juan que no vió libreas  
 Del santo Oficio, y á mas  
 Conoce perfectamente  
 A quien hablándole está,  
 Le dijo á su vez con tono  
 De amenaza : « Meditad  
 Lo que vais hacer, buen hombre,  
 Porque si os atropellais  
 Y una sinrazón conmigo  
 Cometeis, os va á pesar.  
 Yo soy noble, y como noble  
 Dependo de autoridad  
 Competente á la nobleza,  
 Y el rey llevarálo á mal.  
 — Señor, dentro de un momento  
 Os podeis justificar  
 Delante del mismo rey,  
 Que es quien me ordena así obrar.  
 — ¿El rey me manda prender?  
 — Por el juzgado especial  
 Del juez Don Miguel de Osorio.  
 — En ese caso guiad;  
 Pero estas damas...  
 — En tanto  
 Aseguradas no mas  
 Quedan, que esteis preso vos :  
 Pero si por libre os dan,  
 Mañana mismo con vos

Quedarán en libertad. »  
 Y esto diciendo, y tomando  
 El estoque de Don Juan,  
 Mandó el jefe de la ronda  
 Una litera acercar  
 Que dejó de aquella casa  
 Esperando en el portal,  
 Y hácia el juzgado volvieron  
 Sus pasos á enderezar.

## CAPITULO V.

EL REY Y DON MIGUEL DE OSORIO.

*El Rey.* Igual á vos en nobleza  
 Es, Don Miguel; y el valor  
 De la estirpe en que ha nacido,  
 A la en que nacisteis vos  
 Iguala si no aventaja.  
 El su palabra empeñó  
 Delante ayer de mi corte,  
 Y no merece el honor  
 De quien es la torpe mancha  
 De tan fea inculpacion.  
 Creedme, Osorio, aquí os ciegan  
 La cólera y el dolor,  
 Y os disculpo la osadía  
 Mirando á vuestra afliccion.  
 Comprendo bien cómo en ello  
 El pesar os arrastró,  
 Y desde el primer momento  
 En vuestra imaginacion  
 A Don Juan, contrario vuestro,  
 Supusisteis el autor  
 De su muerte : pero de ello  
 Ni teneis justa razon,  
 Ni presentais una prueba :  
 Con que miradlo mejor,  
 Y pues podeis en justicia,  
 Y cual sabio diestro sois,  
 Emprended de este atentado  
 La justa averiguacion.  
 Para todo os autorizo,  
 Y puesto que tambien vos  
 Sois á par el ofendido,  
 Sed el juez y el vengador.  
*Osorio.* Señor, no os di concluyentes  
 Pruebas, no : teneis razon,  
 Sé que jamás lograré  
 Con las que tengo hasta hoy  
 Convenceros de lo cierto :  
 Mas considerad, señor,  
 Que llevo ya muchos años  
 De juez, y que tengo yo  
 La esperiencia que me guia  
 Y me alumbra la razon.  
 Don Juan es ahijado vuestro,  
 Su padre siempre os sirvió  
 Con lealtad, é indulgente

Justo y recto : pero no  
 Sin fundamento palpable  
 Llegueis hasta la prision  
 De Don Juan, pues siendo vuestro  
 Contrario, murmurador  
 El vulgo os lo ha de tildar  
 Si sale una sinrazón.  
 Por órden mia á Don Juan  
 Esta noche se prendió ;  
 Que entre, y en vuestra presencia  
 Yo mismo declaracion  
 Le tomaré, y os protesto  
 Que si un crimen cometió  
 Tan villano, de las leyes  
 Caerá en él todo el rigor.

Esto del rey Don Felipe  
 En la oculta habitacion  
 Entre él y el alcalde Osorio  
 Aquella noche se habló :  
 Y mientras que en la real cámara  
 En esta conversacion  
 Tan hondamente empeñados  
 Estaban ambos á dos,  
 En la próxima antesala  
 Don Juan en calma esperó  
 A que saliera el alcalde  
 Para optar al mismo honor.  
 Y no en balde : en el real nombre  
 A llamarle el juez salió,  
 Y con sereno talante  
 En la régia habitacion,  
 Delante del mismo juez  
 Altivo Don Juan entró,  
 Y á los piés del rey postrándose  
 Dijo : « Me dicen, señor,  
 Que en nombre vuestro me prenden,  
 Y aunque no sé la razon,  
 A daros cuenta de mí  
 Héme aquí pronto, señor. »

EL REY, DON JUAN, EL ALCALDE.

*El Rey.* Don Juan, Don German de Osorio  
 Murió anoche : en una calle  
 A la espalda de la Antigua  
 Hallaron hoy su cadáver ;  
 Y á la enemistad mirando  
 Que con él tuvisteis antes,  
 Os acusan de su muerte.  
*D. Juan.* Señor, antes de cuidarme  
 De mi defensa, os suplico  
 Que exijais pruebas palpables  
 Del crimen de que me acusan,  
 Puesto que si es quien lo hace  
 Don Miguel de Osorio, tío  
 Del muerto, no puede parte  
 Y juez ser en un delito

Tal vez con el hijo vos,  
 No veis á Don Juan como es  
 Sino como ser debió.  
 Nació noble, sí, á la sombra  
 De vuestra real proteccion ;  
 Como á tal honra cumplía  
 Con esmero se crió,  
 Mas no olvidéis que las gentes  
 A quienes su educacion  
 Se fió fueron contrarios  
 De mi raza, y en su pro  
 Del noble mozo aguardaban  
 Mucho bien de su favor.  
 Por ello tal vez las prendas  
 De que el Señor le dotó  
 Por igual no cultivaron ;  
 Y atendiendo al exterior,  
 Se cuidaron poco ó nada  
 De su jóven corazón.  
 Porque, aunque sintais oirlo,  
 Sabedlo al cabo, señor ;  
 Don Juan es un libertino  
 A quien se disimuló  
 Atendiendo á que vos érais  
 Su padrino y protector.  
 Vos, señor, de su conducta  
 Nunca habeis visto sino  
 Su gracia y su gentileza,  
 Su osadía y su vigor :  
 Y los que en vos conocian  
 Hácia él tal predileccion,  
 Tal vez para daros gusto  
 Os le pintaron mejor.  
 Mas yo sé su vida entera,  
 Y sus secretos me son  
 Conocidos lo bastante  
 Para insistir sin temor  
 De ofender la majestad  
 En mi grave acusacion.  
*El Rey.* Osorio, bien pueden ser  
 Buenas pruebas para vos  
 Las que para los demas  
 Solo conjeturas son.  
 Sé que para osar á tanto  
 Sin duda que os asistió  
 Grave causa, y que lo haceis  
 Tras sería meditacion.  
 Ya os dije, pues, que os otorgo  
 Autoridad superior  
 A la que os compete en esto,  
 Pero en consideracion  
 Tened la persona en quien  
 Echais mancha tan atroz,  
 Y no obreis contra persona  
 De quien os respondo yo.  
 Averiguad, inquirid  
 Cuanto vuestra prevision  
 Y vuestra esperiencia alcancen

En que no hay pruebas bastantes.

*El Rey.* ¿Negais, pues, que fuisteis vos Quien le mató?

*D. Juan.* Sincerarme

No necesito, señor,  
Segun veo : en semejante  
Caso nos pusimos ambos  
Mil veces, y siempre iguales  
Salimos, dejando en duda

El éxito del combate :  
Que ambos éramos valientes,  
Y ambos éramos leales.

*El Rey.* Segun declaran peritos,  
Un traidor debió matarle  
Por la izquierda, mientras otro  
Le atacaba por delante.

*D. Juan.* Yo jamás he acudido  
A traiciones semejantes,  
Ni para cita ó pendencia  
Llevé en compañía á nadie.

*El Rey.* Anoche á vuestra posada  
Volvisteis, Don Juan, muy tarde.

*D. Juan.* Puedo probar donde estuve  
Hora tras hora.

*El Rey.* Se sabe  
Que hasta las once en la casa  
De unas damas os hallásteis  
Que en el mismo barrio viven.

*D. Juan.* Mas fui despues bien distante  
De allí á casa conocida  
De todos.

*El Rey.* Dónde.

*D. Juan.* A la calle  
De Santiago, y á la casa  
Del oidor Palomares.

*El Rey (al alcalde).* ¿Que está poco mas  
ó menos

Frente de la vuestra?

*Osorio.* Casi  
Frente á frente.

*D. Juan.* Y bien pudisteis  
Cuando de ronda os marchásteis  
Verme; en su balcon estábamos  
Por el calor.

*Osorio.* No era fácil  
Que os distinguiera, la noche  
Era muy lóbrega.

*El Rey.* Tales  
Son sus señas, que engañado  
Podeis estar vos, alcalde.

*Osorio.* Señor, bien pudiera ser,  
Que todo en lo humano cabe :  
Mas no lograis convencerme,  
Y no habré de retractarme.

*D. Juan.* La enemistad que me tiene,  
Señor, no puede ocultarse,  
Y puede ser que si yo  
Su acusador me tornare...

*Osorio.* Vos mi acusador, ¿de qué?

*D. Juan.* De lo que á mi me imputásteis.

*Osorio (al Rey).* ¿Señor, oís?

*D. Juan.* Es sabido

Que debiais heredarle,  
Y aunque pasais por ser hombre  
De una conducta intachable,  
De costumbres muy severas,  
De generosidad grande,  
Yo tambien pasé por noble,  
Sin que hasta hoy se me negase  
Valor que está bien probado,  
Y me acusais de cobarde :  
Perdonad, pues, si os acuso  
De avaro, señor alcalde,  
Pues las pruebas que alegamos  
Ambos á dos son iguales.

*El Rey.* Ya veis que os devuelve, Osorio,  
La acusacion y el ultraje  
Con razones de igual peso.

*Osorio.* Señor, para sincerarme  
De esa acusacion tendremos  
Pruebas mas incontestables,  
Testigos de entero crédito  
Y cuentas harto cabales.  
Negar, no es probar que es falsa  
La acusacion.

*D. Juan.* Creo en balde  
Vuestro empeño, señor juez,  
Si testigos que declaren  
No teneis, ni prenda, ó rastro  
Que me descubra ó delate  
Como autor de tal delito.  
Fui su enemigo, las paces  
Se hicieron de orden del rey  
Ayer mismo aquí, y ¿quién sabe  
Si otro enemigo escondido  
Halló ocasion de vengarse,  
Dando por cierto que á mi  
Su obra habrian de achacarme?

¿De una estocada traidora  
Decís, y entre dos matáronle?  
Hallad, si podeis, el otro  
Que tuvo que acompañarme,  
Y si él dice que por mí,  
Y mientras yo por delante  
Con él reñí, por detrás  
Él le asesinó cobarde,  
Aun faltará que nos prueben  
Que yo le dije que obrase  
De este modo, ó por su antojo  
Dió en vileza semejante.  
Porque decir que á un Osorio  
Así ha podido matarle  
Un solo hombre, dándole á él  
Tiempo para prepararse,  
Cosa es que creerán no mas  
Que mugeres, ó patanes,

Que no conocen por zaños  
De las armas los achaques.

*El Rey.* Alcalde Osorio, bien dice :

Y pues se encontró el cadáver  
Con la espada todavia  
Empuñada, es indudable  
Que sucumbió defendiéndose :  
Que solo un hombre matarle  
Con golpe tal no ha podido ;  
Y que siendo en este lance  
Necesarios dos, y habiendo  
Solo uno, es fuerza que haste  
De injustas acusaciones ;  
Echad, pues, por otra parte,  
Y en paz dejad á Don Juan  
Que os perdona lo que errásteis.

*Osorio.* En paz se vaya, señor ;  
Mas que en su vida no aparte  
De la memoria, que yo  
He de encontrar al culpable  
O he de morir en la empresa :  
Con que á su alma demande  
Si está culpado ó si no,  
Porque aunque diez años pasen,  
Yo tengo de dar con él  
Y para Dios nunca es tarde.

Y así el alcalde diciendo  
Del aposento se sale,  
Dejando al rey y á Don Juan  
Bruscamente : « Dispensarle  
Debeis, dijo Don Felipe,  
Porque sin juicio le trae  
El duelo por su sobrino.  
Pero es de los mas sagaces  
Hombres que existen, Don Juan,  
Y al fin es fuerza que indague  
La verdad; si la sabeis,  
Decidla y será mas fácil  
Perdonaros, confesando,  
Que cuando el juez os ataje.  
—Señor, llegado á tal punto,  
Dijo Don Juan, no me cabe  
Mas deber para cubrirme  
De imputacion tan infame,  
Que el de callar y pedir  
Pruebas ciertas y legales.  
Me acusa, pues que demuestre  
Su acusacion, ó el ultraje  
Me satisfaga, que en ello  
Tan villanamente me hace. »

#### CAPITULO VI.

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE EL JUEZ ERA  
HOMBRE QUE LO ENTENDIA.

Terrible y fatigosa  
Fué la noche que el juez consigo mismo

Pasó luchando; y triste y angustiada  
Pesadilla interior, su ánimo acosa.  
Su probada esperiencia,  
Su pericia y su gran conocimiento  
De los hombres y el mundo,  
Han dado á su conciencia  
Ciego, íntimo, profundo,  
Formal convencimiento  
De que solo Don Juan de su sobrino  
Pudo ser el incógnito asesino.  
Pero por mas que en su agitada mente  
Revuelve los indicios y sospechas,  
De que asaltada sin cesar la siente,  
Conoce que es su fuerza insuficiente  
Y que en el aire están fundados y hechas.  
Al preguntar el rey al caballero,  
Y al contestar Don Juan á sus preguntas,  
Ha comprendido bien su ojo certero  
Que tras de su semblante noble y fiero  
La astucia y la maldad estaban juntas,  
Y que temblaba el corazon culpado  
Tras la serena faz del acusado.  
« Si del crimen capaz no hubiera sido,  
Decia el juez, ¿hubiérale ocurrido  
Que otro por ambicion lo que él por ira  
Hubiera cometido?

¿La mano de un solo hombre no ha podido  
Causar herida tal? ¿Sueño, mentira!  
En los lances de un duelo  
No hay imposible golpe : no hay certera  
Comprension que desmienta ó asegure  
Lo que en manos no mas está del cielo.  
No... si un hombre bizarro se defiende,  
Y un raudo esfuerzo del que triunfo espera  
Le falla, ó un tropiezo cualesquiera  
Del enemigo ante los piés le tiende,  
¿Quién dice que un traidor á salva mano  
Si una venganza desleal pretende,  
No le asesta á su vez golpe villano  
Que al mas perito incomprendible sea  
Como él ejecutarle no le vea?  
¿Quién es el que asegura  
Que al hidalgo en las armas mas maestro,  
Acometido en una noche oscura  
Por quién si débil mas, siendo mas diestro,  
Con una estratagema prevenida,  
Conociendo del otro la nobleza  
No la puede quitar, por vil destreza,  
Con la serenidad la noble vida?  
¿Quién afirmar podria  
Que el mas noble y valiente caballero,  
De cólera embriagado,  
Y en el apuro del combate fiero,  
Del triunfo con la sed no intentaria  
Lo que él mismo á pensarlo á sangre fria  
Mirara como bárbaro atentado?  
Y de este modo Osorio discurría  
Inventando maneras y ocasiones,

Tomando y desechando á un tiempo mismo  
 Por buenas y por vanas sus razones.  
 Revolvía afanado en su memoria  
 Los recuerdos que inquieta le traía  
 De su azarosa juventud la historia :  
 Los azares y golpes de fortuna  
 Que oyó contar, ó presencié en la guerra,  
 Que en tiempo antiguo y conquistada tierra  
 Se vió á hacer obligado  
 Con el Emperador : y una por una  
 Las lecciones contaba  
 Que del maestro en la niñez tomaba,  
 Y los distintos golpes  
 Que habia en ellas recibido y dado,  
 Mas con el golpe matador no daba.  
 Al fin, en tal vigilia  
 Y en tal desasosiego  
 La aurora le cogió : del lecho fuera  
 Despechado saltó ; vistiósse luego,  
 Y á la calle salió calma buscando  
 En la frondosidad de la pradera,  
 Y en el ambiente perfumado y blando  
 Que deja tras de sí la primavera.  
 Pálido, distraído,  
 Sin objeto ni término cruzaba  
 Las calles y las plazas, absorvido  
 En la idea fatal que le acosaba.  
 Bajó del Espolón á las moreras,  
 Y mil veces cruzó desatinado  
 Del uno á otro lado,  
 Hasta que del Pisuerga en las riberas  
 Se tendió fatigado.  
 Callado, melancólico y sombrío,  
 Distracción no encontrando ni consuelo  
 En las ondas monotonas del río,  
 Tornó los ojos suspirando al cielo.  
 Y en el díaano azul que el sol de oriente  
 Bañaba en resplandor, buscaba en vano  
 Un rayo que á su mente  
 Inspirara un impulso soberano.  
 Así por largo trecho  
 Contempló vagamente,  
 Al són de los latidos de su pecho  
 Las nubes, que estendiendo lentamente  
 Sus contornos formados de vapores,  
 Pasaban impelidas por el viento,  
 Cambiando de contornos y colores  
 Y manchando el azul del firmamento ;  
 Y en tanto así que en la inacción yacia  
 Pasaba el tiempo y avanzaba el día.  
 Mas hé aqui que instigado  
 Por feliz pensamiento repentino  
 Se levantó agitado :  
 Y blandiendo la vara con que muestra  
 La noble autoridad de su destino,  
 A manera de espada,  
 Cual á un sér invisible acometiéndolo,  
 Marcó lanzando un grito una estocada

En el aire, soltó una carcajada,  
 Y echó de la ciudad por el camino,  
 De este modo diciendo :  
 « Déjeme Dios de su divina mano  
 Si no cae en la red ese villano. »

Tornó á su casa ; entrósse en su aposento  
 Y el ropon y la vara abandonando,  
 Hizo que le sirvieran al momento  
 Traje comun, que sin insignia alguna  
 De autoridad ni mando  
 Sobre él no fuera la atención llamando.  
 Ciñósse á la cintura  
 Largo y templado estoque toledano,  
 Y cambiando del todo su figura,  
 Tornándose de juez en cortesano,  
 Con gentil apostura  
 Y sereno semblante,  
 Hácia la casa de Don Juan tomando  
 Las calles adelante,  
 Llegó á su puerta, y recibido en ella,  
 Dó se hallaba Don Juan, se entró arrogante.

*D. Juan.* ¿Quién á mi cuarto llega de este modo?

*Osorio.* Soy yo, señor Don Juan, y en dos palabras.

Vais á entenderlo todo.

Anteanoche German murió en la calle  
 Y á mi se me ha metido en la cabeza  
 Que nadie mas que vos pudo matalle ;  
 No hay prueba que atestigüe  
 Del hecho la certeza,  
 Ni hay modo de que nada se averigüe.  
 Mas como quier que sea,  
 Y en vista de que el reo no parece,  
 Tanto mi duelo y mi coraje crece,  
 Que yo os vengo á sacar á la pelea.

*D. Juan.* Señor juez...

*Osorio.* Señor mío,  
 Yo tambien soy Osorio ; y el postrero  
 De vuestra raza vos, yo de la mía,  
 El uno contra el otro en este día  
 Nuestro odio y nuestro brio  
 Mostrando, uno de entrambos de la vida  
 Es preciso, Don Juan, que se despida.  
 Con que así sutilezas apartemos  
 É inútiles excusas,  
 Y salgamos al campo y acabemos.  
 Mozo sois y valiente ;  
 Y aunque empieza el cabello  
 Un poco á encanecer sobre mi frente,  
 No ha perdido por ello  
 Mi corazon y brazo la firmeza  
 Que requiere nuestro odio y mi nobleza.

*D. Juan.* Miradlo, señor juez, maduramente,

Vos sois quien viene á provocarme al duelo

Y yo porque ninguno torpemente  
 Sospeche acaso que me dais recelo,  
 Y porque sois el agresor, el trance  
 Admito solamente.

*Osorio.* Bueno está : protestad lo que quisieris

Que yo por satisfecho  
 Del todo me daré, como os batiéreis,  
 Y echad la culpa sobre mí de lo hecho.

*D. Juan.* Ved que os repito, Osorio.

*Osorio.* Concluyamos :

Si no admitís el duelo no os estrañe  
 Que dó quier que os encuentre  
 A cuchilladas por cobarde os entre.

*D. Juan.* ¡ Vive Dios !

*Osorio.* Así os quiero.

*D. Juan.* Vamos.

*Osorio.* Vamos.

Y tomando en la calle al caballero  
 Que primero encontraron por padrino,  
 Con largo paso y continente fiero  
 Al campo enderezaron el camino.

Por fuera del Campo Grande,  
 Y á sombra de las paredes  
 De su cerca, están con brio  
 Osorio y Don Juan batiéndose.  
 Es hombre el juez de buen brazo,  
 Y grande experiencia tiene  
 De las armas, y aunque diestro  
 Es Don Juan, recio y valiente,  
 El juez le busca las vueltas  
 Tan sagaz, y le acomete  
 Con tal prisa, que Don Juan  
 Con trabajo se defiende.  
 El padrino, que contempla  
 En silencio el duelo, teme  
 Por el mozo, aunque tal vez  
 Ve en Osorio que no quiere  
 Quitar á Don Juan la vida  
 Que ha podido ya dos veces.  
 Con vigor se batien ambos,  
 Mas Don Juan terreno pierde  
 De tal modo que la espalda  
 Casi junto al muro tiene.  
 En aquel trecho del muro  
 Se abria precisamente  
 Un postiguillo escusado  
 Al huerto perteneciente  
 De los padres capuchinos :  
 Y allí es á lo que parece  
 Donde Osorio á su contrario  
 Quiso llevar diestramente.  
 El padrino, que á Don Juan  
 Vió cerca de los dinteles  
 Del postigo, á tropezar  
 Próximo si no lo advierte,

Y á caer por un percañón  
 Del terreno, fué á ponerse  
 De aquel lado porque entrambos  
 A terreno igual viniesen.  
 Mas en el instante mismo  
 En que él empezó á moverse,  
 Y hácia el lado de Don Juan  
 Ganó la vuelta, con fuerte  
 Voz exclamó el diestro juez :  
 « ¡ No le asesines, detente ! »  
 A esta voz volvió Don Juan  
 Por la derecha, y metiéndole  
 El juez su espada de pronto  
 Por el costado al volverse,  
 Dijo : « Esta fué la estocada  
 « Que á Don German dió la muerte,  
 « Y tal se la disteis solo,  
 « Aunque hecha entre dos parece. »  
 Don Juan, al oír al juez  
 Este hablar tan de repente,  
 Y la espada por su taza  
 Asegurada sintiéndose,  
 Palideció, y sin aliento  
 Quedó del Osorio enfrente.  
 Quiso mediar el padrino  
 Que nada de esto comprende,  
 Dando por vil el combate  
 Y acabado malamente ;  
 Mas envainando su estoque  
 El alcalde, é imponiéndole  
 Silencio, dijo al mancebo :  
 « Don Juan, la vida debeisme,  
 Pues si hago encarnar mi espada  
 Por ahí os entra la muerte ;  
 Mas solo quise marcaros,  
 Don Juan, y poner patente  
 Que esa estocada es la vuestra.  
 Negadlo ya si pudiéreis. »  
 Y de esta manera Osorio  
 Con firme ademan diciéndole,  
 Dándoles á ambos la espalda  
 Se alejó de ellos riéndose.

#### CONCLUSION.

*El Rey.* Osorio, no os canseis : será posible  
 Como vos lo decís, mas no indudable  
 Cual la ley lo requiere :

Y me habeis de encontrar inexorable.

*Osorio.* Sea, señor, pero de vos apelo...

*El Rey.* ¿ De mí ? ¿ y á quién ?

*Osorio.* Al tribunal del cielo.

Hay un Dios, cuya ciencia es infinita ;  
 Cuya suma justicia es infalible ;  
 Cuyo castigo el mas sagaz no evita  
 Y que al justo protege,  
 Y ante cuyo poder fuerza es que ceje  
 El humano poder, y en quien confi

Que si aquí la razon está en mi abono  
La declare por fin en favor mio.

*El Rey.* Mas yo no alcanzo...

*Osorio.* Si Don Juan me jura  
Sobre los sacrosantos Evangelios,  
Y al lado de la abierta sepultura  
De mi sobrino Don German de Osorio,  
Que no tuvo en su muerte parte alguna,  
Y evoca su cadáver por testigo  
En el nombre de Dios, doy por notorio  
Que es inocente, y sobre mi tan solo  
Como calumniador caiga el castigo.

*El Rey.* Sea como decís: mas ¡vive el cielo  
Que si jura Don Juan, como os lo digo,  
Morireis en vez suya,

Sin que atienda en tal caso mi justicia  
Razon alguna que por vos arguya!

*Osorio.* Acepto la partida,  
Señor: mas creo en Dios sinceramente,  
Y si Dios me abandona claramente  
Perderé, no la fé mas sí la vida.  
Porque os juro, señor, que si llegara  
A faltarme esta fé solo un momento,  
Por no caer en la duda me matara.

*El Rey.* Pues aprontad lo que haga á  
vuestro intento  
Para que preste ese hombre juramento:  
Mas si con prueba tal no da aun certeza,  
Acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales  
Despidió el rey Felipe al juez Osorio:  
Y de el juicio de Dios fallo inconcuso  
A aquel sangriento caso apeteciendo  
Cada cual á aceptarlo se dispuso.

Y apenas aquella noche  
Tendió su manto de sombra  
Por las animadas calles  
De la ciudad bulliciosa,  
Cuando de un gótico templo  
En una capilla lóbrega  
Lentamente se reunian  
Hasta unas doce personas.  
El obispo diocesano,  
Vestido cual la católica  
Iglesia requiere en sus  
Sacrosantas ceremonias,  
Estaba junto á un sepulcro  
Sentado en una poltrona,  
Y á su izquierda el juez Osorio  
Con su gollilla y su toga.  
Don Juan estaba también  
Allí, apartado en la sombra  
De un ángulo, con altiva  
Espresion irreligiosa.  
Los demas eran dos pages  
Del obispo, y las muy doctas

Personas de dos canónigos,  
Y curas de la parroquia.  
Pasaron breves momentos  
De quietud tan silenciosa  
Entre aquellos personajes,  
Y el reló marcó la hora  
De las siete de la noche:  
En cuyo punto con torva  
Faz entró el rey Don Felipe  
En la capilla. Con honda  
Reverencia saludáronle  
Todos, y á todos con corta  
Inclinacion de cabeza  
Contestando: « ¿Están ya todas  
Las cosas dispuestas? » dijo,  
Y á un sí, de la voz sonora  
Del obispo, replicó  
El rey: « Manos á la obra. »  
Con la régia dignidad  
Que resalta en su persona,  
Marcó á cada cual el sitio,  
Y obligacion que le toca.  
Púsose el obispo en pié;  
Alzaron la suelta losa  
Del sepulcro que hay en medio  
De aquella capilla gótica;  
Y descubierto el cadáver  
De Don German, por las hojas  
De los santos Evangelios  
Abriendo un misal, y antorchas  
Aproximando á sus páginas,  
Con tono que no denota  
Ira ni piedad, el rey  
Dijo á Don Juan: « Hoy evoca  
« Don Miguel de Osorio el alma  
« De este mozo, á quien traidora  
« Mano mató, en contra vuestra,  
« Porque accion tan alevosa  
« Os atribuye, y del cielo  
« La justicia protectora,  
« Porque muestre si culpado  
« Estais ó inocente, invoca.  
« Si con una mano puesta  
« En las sacrosantas hojas  
« De estos santos Evangelios,  
« Y en el cadáver la otra,  
« Jurais que no fueron ellas  
« De su asesinato autoras,  
« Y no hay antes un testigo  
« Que declare en vuestra contra,  
« Quiere Don Miguel de Osorio  
« Que recaiga en su persona  
« El castigo que las leyes  
« Por calumniador le impongan.  
« Jurad, pues, señor Don Juan:  
« Y de los cielos la cólera  
« Invocad contra el culpable  
« Que en el misterio se emboza,

« Y el testimonio del cielo,  
« Para quien oculta cosa  
« No hay en la tierra, que el velo  
« De su misterio descorra. »  
Dijo el rey: y dió Don Juan  
Un paso adelante, pronta  
Obediencia al rey mostrando  
Y la serenidad propia  
De quien inocente está:  
Tendió una mano á las hojas  
Del santo libro, espresion  
Dando á su rostro diabólica,  
Y extendiendo lentamente  
Hacia el cadáver la otra,  
Para hablar tomaba aliento,  
Cuando recias, secas, cóncavas,  
Dos aldabadas se oyeron  
Que una mano vigorosa  
Dió en la puerta de la iglesia,  
Cuyas aldabadas roncadas  
Ahogaron de las palabras  
Los sonidos en su boca.  
Por un instantáneo impulso  
De una universal zozobra  
Interior quedaron todos  
Inmóviles, con recóndita  
Pavura, esperando ver  
Quien llega así á tales horas.  
Un page del rey á poco  
Entró con respetuosa  
Atencion, yéndose al rey  
Y anunciando la persona  
De un embozado, que dice  
Que allí su presencia importa  
Por testigo de la muerte  
De Don Juan. Quedóse atónita  
La gente con tal anuncio,  
Y una sonrisa sardónica  
Contra los labios pálidos  
De Don Juan, como quien honda  
Conviccion tiene de que es  
Imposible que deponga  
Nadie en esto con verdad,  
Por ser aquesta una historia,  
Como enredada improbable,  
Como oculta misteriosa.

Mas entrando á tal punto en la capilla  
Un sombrío embozado,  
Dijo al rey Don Felipe de Castilla  
Al ataud de Don German llegado:  
« Yo fui el solo testigo  
De la muerte de este hombre:  
Y que es Don Juan el asesino digo:

Puesto que él no osará de Dios en nombre  
Lo contrario jurar aquí conmigo. »  
Dijo así el embozado:  
Y el són ignoto que su voz produjo  
En el pecho espantado  
De cuantos allí estaban, desusado  
Pavor hondo introdujo.  
El anciano prelado,  
De agitacion recóndita movido,  
Preguntó con acento decidido  
A Don Juan, que aterrado  
Contemplaba al incógnito embozado:  
« ¿Jurais ó no?... » y Don Juan en un acceso  
De satánico orgullo y osadía,  
Tal vez de confianza con esceso,  
Sobre el sagrado libro del cristiano  
Tendió la abierta mano:  
Pero posada apenas la tenia  
Sobre aquella evangélica Escritura  
Cuando la mano descarnada y fria  
Cuanto inflexible y dura,  
Del embozado incógnito sobre ella  
De repente cayendo,  
Y apartando el embozo,  
Hizo exhalar al libertino mozo  
Un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.  
Cayó ante aquel incógnito de hinojos  
El misero Don Juan: y en el testigo  
Misterioso y potente  
Claváronse á la par todos los ojos,  
Y á todos el misterio fué patente.  
Aquella en que se envuelve larga capa  
No un sér humano tapa:  
Cubre solo de bronce una figura,  
Emboza solamente una escultura.  
Inmóviles, absortos, sin aliento  
Mostrando en los semblantes su pavura  
Quedaron los presentes un momento  
Presa todos de un mismo pensamiento.  
Y entonces aquel sér á quien divino  
Aliento y sér anima,  
Así exclamó con sobrehumano acento:  
« Jamás se invoca en vano  
El favor de los cielos soberano:  
En una calle á mi mansion contigua  
Murió German: testigo del villano  
Crimen fui yo: mas véngale mi mano;  
Yo soy el Crucifijo de la Antigua. »

Quedó muerto Don Juan: de la capilla  
Despareció en un punto la escultura,  
Y movido de la alta maravilla  
El juez Osorio, abandonó á Castilla  
Y murió de un convento en la clausura.